

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península una PESETA al mes.
Extranjero, 750 PESETAS trimestre.
Comunicados a precios especiales.
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana: 00'05 pesetas línea.
En segunda y tercera: 00'10 id. id.
En primera: 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15.

VIERNES 18 DE ENERO DE 1901

EL TRIUNFO DE LA JUSTICIA

Los actos realizados por algunos políticos han merecido la justa sanción, que de consumo reclamaban la justicia y la moral.

No en vano se pueden llamar los derechos de los ciudadanos y escarnecer los principios de la más elemental justicia.

Tan decaído se encuentra el espíritu público, tan anestesiado, por la general corrupción, que cuando se pedía la reparación de tan graves atropellos nadie creía, que nuestra demanda fuera escuchada, y mucho menos, que fueran castigadas las vejaciones realizadas.

Cuando asegurábamos la vispera de Reyes que la sanción no se tardaría, los excépticos creyeron, que nuestros augurios, eran simples profecías.

Peró la justicia no se ha hecho esperar y la campaña emprendida desde las columnas de este periódico, en nombre de la Ley burlada, de los derechos atropellados torpemente, y de la moral escarnecida ha dado sus frutos.

La cesantía del Sr. Gobernador civil de esta provincia, D. Juan Campoy.

No en vano se veja y atropella la justicia, esta no puede dejarse de realizar en la sociedad.

Podrán las pasiones obscuras, tratarán en vano de que deje de ser necesidad moral, pues si tan torpes deseos se realizarán, ¡qué sería de la humanidad!

Todavía hay espíritus, dispuestos a ser eco de las demandas de los oprimidos por la fuerza bruta.

Todavía las hazañas del caiquismo levantan protestas.

Todavía hay ministros, que miran la justicia, por encima, de los eslabones de la miseria, que enlazan tantas pasiones inspiradas en muchos personalismos; pasiones, que buscan como cimiento de una reputación política, el atropello del derecho, y el escarnio más precoz de la moral.

Por eso hemos triunfado, por eso nos permitimos adjudicarnos la victoria, más no se entienda, que nos envanezcamos del triunfo, como alcanzado por nosotros.

Lo hemos dicho, y hemos de repetirlo todavía.

Un adalid valeroso, un campeón esforzado, el defensor obligado de los vejados y oprimidos, el que siempre activo, acude el primero a mantener las causas justas, ha sido también en esta ocasión, el que ha merecido compartir el triunfo, y al que debemos otorgar, todo el lauro ó palma de la victoria.

Por eso hemos de hacer público, que agradecemos en extremo, las felicitaciones que se nos dirigen, por el éxito alcanzado, en la campaña que solos emprendimos, contra los desafueros realizados por don Juan Campoy, pero que no podemos aceptar como nuestro el honor que la opinión nos

adjudica, por corresponder por entero al Senador D. Juan López Parra.

DE MADRID A MURCIA

Los carlistas

Va tomando cuerpo el rumor de que los carlistas trabajan muy activamente, preparando una intenciona.

Esos rumores, que ayer se referían a Cataluña, refieren hoy a las provincias Vascongadas y a otros puntos del Norte.

A Gobernación han llegado esos rumores y Ugarte lejos de desmentirlos, sigue confirmando, añadiendo, eso sí, que el gobierno tiene muy bien tomadas sus medidas, que abortaría cualquier movimiento sedicioso.

Las noticias, mejor dicho, las impresiones particulares son pesimistas, y dan a la que se trama, el carácter, no de intenciona, sino de un movimiento más grave.

Por último, no faltan suspiros que sospechan que todo esto no es más que una fantasía que procura sostener el gobierno para distraer la atención pública y justificar que continúen en suspenso las garantías constitucionales.

Habla Sanchoz Toca

Las declaraciones políticas que anoche publicó el «Heraldo» son del Ministro de Obras públicas; y en síntesis dicen lo siguiente:

Con el actual partido, sea compacto y unido; según afirma Silvela, sea descompuesto, según opinan Sagasta y el Duque de Tetuán, se dará fin a la regeneración.

A tal punto llega en Sanchoz Toca este convencimiento, que cree firmemente que las elecciones generales no se harán hasta el advenimiento de Alfonso XIII. Las Cortes, según el declarante, se volverán a abrir en Mayo ó antes de Mayo, y ante ellas se presentará el gobierno con los nuevos presupuestos, cumpliendo así uno de los principales compromisos que al venir al poder, contrajo el partido de Unión Conservadora, según se hizo constar en la contestación al Mensaje de la Corona.

Respecto a la dirección de la mayoría, todo corresponde a Silvela, que ha de hacer cuanto pueda ante todo para legalizar la situación económica.

Cualquiera solución, cualquiera ayuda que para tal intento se procurara, había de ser no solo con el beneplácito de Silvela, sino contando desde luego con su concurso personal.

Pero, de todas maneras, y antes que disolver las Cortes, Sanchoz Toca se muestra partidario de una concentración y hasta de una «aglomeración».

«El mismo Sr. Silvela—termina diciendo el ministro de Agricultura,— cree en la posibilidad de que Sagasta vuelva al poder antes de la mayoría de edad del rey.

«Los demás, todos los demás no creen en la posibilidad de que esté tan próxima la vuelta del Sr. Sagasta.

Indulto

El Gobierno se propone celebrar la boda de la princesa de Asturias concediendo un amplio indulto.

Comprenderá éste, no sólo a los prófugos y desertores, cuyo número se hace ascender nada menos que a 16.000, sino también los delitos cometidos por medio de la imprenta y los delitos comunes de menor cuantía.

Es muy probable, además, que se conceda rebaja de penas en los delitos graves.

15 de Enero de 1901.

R. I. P.

«Las Provincias» dedica el fondo de su matinal hojita a D. Juan Campoy, y le endilga una necrología, con tal derroche de guasa y sátira, que parece un «Andando por Murcia».

Dice que deja gratos recuerdos en esta provincia, el periódico sindical ha podido tentar la modestia de D. Juan Campoy y decir, la Casa de Misericordia la Inclusa, etc., todos los desgraciados, que ha tenido bajo su tutela, están satisfechos (1).

Exhíbe, la nota más saliente de la personalidad del Sr. Ex gobernador diciendo, que es un hombre de convicciones religiosas. Esas convicciones, no han engañado a nadie, absolutamente a nadie, pues los actos y los hechos realizados por ese señor, demuestran que piensa de otra manera.

Peró donde se exagera Camilo, y arremete sin compasión con el cuero cabelludo, es cuando extrema la chiri-gota, y sin compasión dice, que el Gobierno le ha admitido la dimisión; *primum temeris amicus?*

El pecado de D. Juan Campoy, ha sido que conseqüente, con esa hombría de bien, con que le da el *requiescat in pace* el sindicato regenerador, se ha fiado de la palabra de algunos que se valían de su amistad, para satisfacer, es decir, sus pasiones a las que lo han sacrificado.

Murcia enteramente se alegra de la cesantía del Sr. Campoy, pero reconoce en él, lo que no han respetado esos que le han colocado en el ridículo; que como particular es un caballero.

Parace, que D. Juan vuelve a la magistratura; entre otras cosas lo sentimos por Justiniano, el pobreto se extremecerá cuando sepa la noticia.

Murcia está de enhorabuena y la ciencia del Derecho, de luto.

POMBAL



MONTESQUIEU

Carlos de Secondat, barón de la Brede y de Montesquieu, nació en su castillo de la Brede el 18 de Enero de 1639, llegó a producir tal admiración por sus obras, que decía Voltaire, que la humanidad había perdido sus títulos, pero que Montesquieu los había encontrado.

El propio Buffon, que no admitía, en su aotívez orgullosa, más que cuatro que pudieran ponerse a su altura, tenía como uno de sus iguales al ilustre autor de «El espíritu de las leyes».

Montesquieu siguió, como su padre, la carrera de leyes, y sucedió a éste en la presidencia del Parlamento de Burdeos.

En aquella población se fundó una Sociedad artístico-literaria en 1716, donde leyó sus primeros ensayos literarios é históricos, dando a luz poco después, en 1721, sus célebres *Cartas persas*, cuyo éxito fué tan grande, que los libreros acudían a todos los escritores en demanda de dicha obra, y el público indagaba el nombre del autor, porque Montesquieu creyendo tal publicación impropia de la seriedad de su cargo, las había impreso anónimas.

Al descubrir el secreto pidió la opinión general que el autor entrase a ocupar una vacante de la Academia francesa; pero algunas ideas expuestas en la obra hicieron que se opusieran a su ingreso, entre otros el cardenal Fleury, primer ministro.

Montesquieu fué personalmente a ver al cardenal para defender sus escritos y manifestar que si Francia le había aquel desaire marcharía al extranjero, donde le recompensarían cumplidamente, logrando de este modo su ingreso.

Queriendo estudiar las costumbres y las formas de gobierno de otras naciones, viajó por Europa, residiendo más de dos años en Inglaterra.

La reina y los principales personajes le prodigaron grandes distinciones, y a su regreso a Francia publicó «Las causas de la grandeza y la decadencia de los romanos», consagrándose después a la terminación de su obra magna «El espíritu de las leyes», que le costó veinte años de estudios, y sobre la cual consultó en ocasiones al célebre Helvecio.

No le mortificó a Montesquieu la opinión desfavorable de éste, pero sí las reputaciones de escritores mediocre que le salieron al paso después de publicada la obra, y que hicieron que publicara una *Defensa*, acabado modelo de polémica, y que le acudiera a Mad. Poupadour para que fuese recogida la reputación de M. Dupin.

El exceso de trabajo dejó casi ciego al célebre escritor, que tenía que dictar sus obras, y a quien servía de lectora una hija suya, viviendo casi siempre retirado en su castillo de Brede.

En 10 de Febrero de 1755, al hacer un viaje a París, falleció en aquella capital, siendo muy sentido por los pobres, a quienes incesantemente socorría, por que además de buen escritor y buen filósofo, era buen cristiano y caritativo.

Hernando de Acevedo

SECCION LITERARIA

CUENTO DE OTOÑO

Este es un cuento anticuado y feo: sin disección anatómica a punta de escalpelo; sin el análisis complido de los espíritus enfermizos que aborta el final del siglo; sin morriñas de necias ideas excépticas; sin tesis hondas, que llaman la vigilia antes que acariacen con la ternura ó complacen con el deleite; sin modernismos azules ni formas tornasoladas á última usanza...

—Dejadle. ¡El pobreto está enfermo! La madre escusaba siempre con esta frase, mezcla de pesadumbre y de indulgencia, todas las endemoniadas travasuras de Toni.

Y, ¿quién era Toni, vamos a ver? Pues un chico zangolotino, de edad, hasta de trece años, según testimonio de su partida de bautismo; de diez apenas, por la apariencia de su cuerpecillo requintico y flaco.

Endeble, anémico, presa continua de accesos febriles, de anginas pertinaces, no habían podido arrancarle al sufrimiento físico, cuántos sollozos cuidados le prestaron vida artificial, oriándole, como flor en estufa, á resguardo de peligros probables y de riesgos quiméricos. Por ansiedad—por terrible esparcimiento con que le regaló la desgracia espléndidamente,—allá se iba con la lozanía y vigor de su parte corporal su parte anímica, pues era de pésimos instintos, dañino, perverso por condición nativa, y sobre todo, traidorzusto como político calculador, rastrero en sus acciones, redomado hipócrita: *Mens insana in corpore insano!*—¡Vamos, todo un niño de oro!

Claro es: la compasión á que movían su abatimiento y su presencia, había de desvanecerse al chocar con la indignación y el enfado que sus malvadas inclinaciones justamente provocaban. ¡Y nadie le quería!

Es decir, nadie no, ¡cuidado! que su madre—doña Magdalena, una señora apacible, bonachona, que sonreía siempre con melancólica resignación—le adoraba; y en esta idolatría iba interesada en un respetable tanto por oíento, con todos los castos pensamientos de sus doce años, cierta Carman, que era... ¡vamos a decirlo?... vecina de la madre, y del pseudo-adolescente, novia «en secreto».

¡Oh, qué secreto de amor tan enterrado y oíento! ¡Oh, qué idilio el de aquellos rapaces por las fronteras ventanales del patio! Resultaba desesperante cualquiera interrupción por el cochino tiempo. A lo mejor: ¿Y Toni? ¿Cómo no sale hoy á la ventana, Dios mío? ¡Sí, sí, Toni estaba en cama con siete mantas encima, con unas anginas así!...

Fué colándose entre madre é hijo la vecinita aquella, sin entrometarse, sin procurarlo, sin mostrar con infantiles arrebatos sus vivos anhelos. «Pasa, niña, pasa. ¡Tú eres amiga de Toni?... Ven, ven. Me gusta mucho como borda. Te

enseñaré esta labor que hago, á ver si la aprendes... Otras veces, más adelante, se juzgaba su ausencia casi por una falta. «¡Pasará mañana, niña!—El niño se alegra mucho de que estés aquí.—Ya ves, el pobreto está enfermo!»

Poco á poco, fué viviendo el alma de Carmencita en la casa «de al lado», donde la llamaban atentas cortosías primero afectos gratamente correspondidos después; pasó á paso, con suaves deñes, fué estrechándose el lazo; llegó por fin á constituirse el nexo sólido, llegó á ser la niña un miembro más de la familia.

Y sobrevino el momento psicológico, inevitable de la confianza, depositada en el regazo fiel de una confianza sincera. Vació el pecho toda su aflicción, buscando mentido alivio en el sentimiento del prójimo, y allá fué la remanbranza del prólogo de su vida, que entonces comenzaba entre ásperas soledades y sombras de abandono. ¿Quedóse huérfana, con orfandad completa, sin ligamentos de sangre, ¡sin pariente alguno! Los días rosados de los años primeros, desvaneciábase en la incertidumbre de un recuerdo incoherente y pálido. Era como un lucero muy lejano, que apenas brillaba un punto en el horizonte. Arrancaba la memoria de un momento aciago, marcado en caracteres perdurables por la visión estremecedora de dos entierros en una fecha misma, á la claridad moribunda de la tarde que declinaba, entre el pánico de las gentes, sobrecojidas de terror por los estragos de una epidemia espantosa... La herida, entonces abierta, había sangrado á borbotones dejando el rastro de una pena incurable, de un desconsuelo eterno; y aun gotaba en el tibio calor del hogar honrado que recogió aquel despojo del infortunio...

Contaba la niña su dolor, sentada junto á D.^a Magdalena, llorando y á un tiempo misma sonriendo con dulzura angelical; fijas sus claras pupilas en el espacio, como evocando el pasado, confuso y angustioso. D.^a Magdalena, perpleja y emocionada, arrugaba su rostro de placida mansedumbre, hieloni pucheros. Toni escuchaba con gravedad desusada, y alguna vez sus labios órdenes se contrajeron y su carilla amarillenta se animó con muecas que hubieran podido traducirse en diabólico contento.

... Las lágrimas sellaron todos los deseos del corazón. D.^a Magdalena, amorosa y enternecida, la abrazaba en transportes de sincera lástima é inspirada por íntimas ideas: «¿Por qué no te vienes á vivir con nosotros?»—dijo.

Emudeció la niña, iluminándose sus ojos con luces de súbita alegría.

Siguió allá lo el obisuculo, bajando la vista con aparente sosiego, y apretó los dientes.

Hecha la comunidad de vida, pasáronse en un velo meses sobremeses, y á través de las templadas auras de primavera, de las oíidas horas del verano, fué desliziándose en santa paz la existencia de doña Magdalena, de la *mena* de Toni. Parecían haberse acabado en este, por virtud misteriosa, muchos de sus malignos propósitos, muchas de sus malas obras. En apariencia, al menos, había operado la metamorfosis casi por completo. Gozosa la madre, al tanto ya del pramaturo noviazgo, atribuía á sana influencia semejante milagro; y al contemplar á su hijo—algo más libre de alifafes por la condescendiente benignidad de la estación,—serio, formal, con tan buenas trazas de enmienda, imaginaba para él una dicha firme, segura, y envolvió en un mismo abrazo á Carmeni y á Toni. ¡Participan ambos por igual de las caricias y los besos! Aquella equidad en el disfrute del cariño materno, parecía con un ver intencionalmente á Toni. Se le halló en varias ocasiones de brucea contra la almohada de su cama, llorando, atónito, tristemente...

Llegó el otoño. Ojar nubló de las heladas y miseria invernales, veía acompañado de ráfagas frías, de volutas nubosas y tristes. Sus ojos, des-nubulos los árboles, en dilatado arroyo el paisaje, preparábase con un aletillado

